

Palabras a Jorge

Aurora Salvador Rosa

*Universidad de Cádiz. Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura, Facultad de Ciencias de la Educación, Campus Universitario de Puerto Real. Polígono Río San Pedro, 11510 Puerto Real (Cádiz). Tlfno. (956) 016243. Fax (956) 016253. E-mail: aurora.salvador@uca.es
(Recibido Octubre de 2007; aceptado Noviembre de 2007)
Biblid (0214-137X (2006) 22; 27-31)*

El mundo de la enseñanza no es el más idílico de los mundos. Y el de la enseñanza universitaria es singularmente áspero en determinados aspectos de los que no quisiera acordarme. Como supongo que quienes lean estas palabras tampoco estarán deseando traer a su mente oscuros recuerdos, mejor me abstengo de entrar en detalles. Sólo diré que al docente universitario de hoy a veces, algunas veces, le invade el desaliento. Por las mismas razones que al docente universitario de cualquier época y por otras completamente nuevas. La Universidad ha sido siempre, y, desde luego, sigue siendo, un ámbito propicio para la intriga. Un ámbito en el que pelagra gravemente el que dice lo que piensa y avanza de frente. A Fray Luis de León ya le ocurría en el siglo XVI, a Gustavo Bueno le sucedió en el XX, y a Amando de Miguel le acaba de pasar este año, por poner ejemplos de la tierra. A cualquiera de nosotros le puede acontecer, también, si no se anda con cuidado. Para adaptarse exitosamente a tan proceloso medio, conviene, como poco, leerse con atención suma “El arte de la prudencia”, de Baltasar Gracián. Y tener muy en cuenta sus consejos. Y eso todos los días, porque de poco sirven las precauciones si no se toman siempre, pueden ser, incluso, contraproducentes. Pero vivir cuidando la espalda, sin bajar nunca la guardia, desgasta hasta al más pintado. Que sea ley básica de supervivencia dentro del reino animal no supone consuelo alguno para los que ven desenvolverse su vida en un ambiente en el que necesidad obliga no ya al respeto, sino a la neurosis, que una cosa es precaverse del lobo por si acaso, y otra muy distinta esperar despierto el ataque del licántropo en las noches de luna llena ¡Eso es! ¡La Universidad viene a ser como las noches de luna llena! En ella el que no quiere convertirse en monstruo corre excesivo riesgo de terminar en víctima, elegida o propiciatoria. Aflige pensarlo, pero no es una revelación, puesto que jamás, que se sepa, ha sido de otro modo. Y aún podríamos decir que no se trata de una característica específica de la Universidad, sino de todas las empresas en que conviven jerárquicamente organizados, con el objetivo de llevar adelante un trabajo, seres humanos. Es cierto que en todas hay envidias y traiciones, pero la naturaleza de la Universidad encona las envidias, y multiplica las traiciones: nadie aguanta ningún tipo de comparaciones —las comparaciones, como es bien sabido, son odiosas—, pero las que menos se aguantan son las del propio intelecto (y lo que el propio intelecto produce) con el del vecino (y lo que produce el intelecto del vecino). A menos, claro está, que sea él (el vecino) el que salga malparado. Tal es el clima en el que nos enfrentamos los profesores universitarios, día tras día, mes tras mes, curso tras curso, a nuestro trabajo. El mismo, desde que la institución existe. Con el agravante de que en nuestros tiempos el noble oficio de enseñar se las ve y se las desea para seguir siendo noble y para seguir siendo oficio de enseñar. No dejan, quieren burócratas, no maestros. Quieren declaraciones de intenciones pormenorizadas, no clases. Quieren planificación

constrictiva, no libertad de cátedra. Pero silencio, he asegurado que no iba a entrar en detalles, y no voy a hacerlo. No me referiré a los males que nos aquejan últimamente, sino justamente a todo lo contrario, pues es de bienes de lo que quiero hablar aquí. De bienes que, por fortuna, también son nuestros, también se dan, aunque parezca mentira, en el entorno universitario, y que en él, precisamente en él, por lo que suponen, aumentan su ya de por sí alto valor. Quiero hablar de la amistad y el compañerismo. Y de un compañero y amigo en concreto, de un amigo y compañero mío y de todos cuantos han participado en este número de Tavira, con el que le rendimos homenaje: se trata de Jorge Paz, de Jorge Paz Pasamar. Le cuadra su nombre de pila, que evoca a San Jorge, el más aguerrido de los santos, y su primer apellido, no hay que explicar por qué. Y le cuadra el segundo porque, como quien hace un milagro, ha sido capaz de cruzar con gallardía sobre las aguas turbulentas este mare nostrum, que no es precisamente un Mediterráneo para el que haya cartas de marear.

Si me pidieran que asociara el nombre de Jorge Paz al de algún personaje histórico, creo que diría, sin titubear, el de Petronio, que, según Tácito, fue árbitro de la elegancia, *elegantiae arbiter*, o *arbiter elegantiarum*. Pues como Petronio en la Roma de Nerón, Jorge Paz ha marcado durante muchos años las pautas de la elegancia en nuestra Facultad de Ciencias de la Educación, en nuestra Escuela “Josefina Pascual” de antes. Y lo ha hecho, quizá, sin proponérselo, sencillamente siendo como es ante nosotros, con nosotros: auténticamente amable, verdaderamente cordial, siempre ameno en la conversación, y encantador en el trato. Nunca desatento, jamás adusto. Ni siquiera en el desacuerdo, pues Jorge Paz ha sabido defender sus posiciones con firmeza, e incluso con pasión, sin recurrir al menosprecio ni al agravio del contrario. Quizá por eso ahora que ha llegado el momento de echar la vista atrás y hacer balance, no le salen más que amigos y compañeros que se alegran de haberlo sido. La vida en el trabajo, que no es poca vida, ha resultado algo más llevadera gracias a Jorge Paz. Porque casi todos los momentos que hemos compartido con él han sido mejores de lo que hubieran sido sin su presencia: las reuniones, los exámenes, las comisiones, los actos académicos, y no digamos los intervalos entre clases, incluso cuando, hace ya tanto, dejamos de tener sala de profesores en la que intercambiar impresiones y comentarios. Estar con Jorge Paz ha sido un placer, incluso no fumarse un cigarrillo con él lo ha sido. Perdónanos, Jorge, por nuestros muchos humos. Eras demasiado indulgente. Que sepas que, siguiendo tu ejemplo, algunos hemos dejado de fumar. Casi todo se puede dejar, incluso lo que uno creía que no. Y no se necesita, después, volver a ello. Sólo a nuestros jardines volveremos siempre, aunque sea, sólo, con la memoria. La mía me lleva ahora, y ya termino, a una tarde dorada de otro otoño, un otoño lejano. Corría el año 84. Quizá tú también

te acuerdes. No de mí, ni de la tarde del soneto que viene a continuación, sino de tantos y tantos de nosotros y de las muchas tardes que nos regalaste. Gracias en nombre de todos, y he aquí el soneto, con estrambote:

SONETO

Muchos años después, con emoción
recuerdo aquella tarde tan lejana
en que iniciamos la costumbre sana
de ir a tomar café, si había ocasión.

Acepté tu gentil invitación
en la cafetería gaditana
que resultaba ser la más cercana,
y lugar obligado de reunión.

Fuimos al Club de Tenis, por supuesto,
¿dónde si no? Pasamos un buen rato,
contigo me sentí menos perdida.

Era mi primer día en aquel puesto
de colaboradora por contrato,
ya ves, aún te agradezco tu acogida.

Conque te he escrito esto:
sólo se pierde aquello que se olvida,
tú permanecerás, Jorge, descuida.

Cádiz, 12 de octubre de 2007